

rencia Sánchez Bella, del 10 de mayo de 1964, escribía: “Voy a contarte ahora que se me ha avivado la devoción, que en mí es vieja, a Santa Catalina de Siena: porque supo amar filialmente al Papa, porque supo servir sacrificadamente a la Santa Iglesia de Dios y.... porque supo heroicamente hablar. Estoy pensando en declararla internamente Patrona (intercesora) celestial de nuestros *apostolados de la opinión pública*” (AVP, III, p. 532). En efecto, tres días más tarde, el 13 de mayo de 1964, la nombró Intercesora del Opus Dei, encargándole el apostolado que los fieles de la Obra desarrollan en el campo de la opinión pública difundiendo la doctrina de Jesucristo a través de los medios de comunicación, y también la labor de informar sobre la Obra y sus apostolados.

Voces relacionadas: Actividad del Opus Dei; María Santísima; San José.

Bibliografía: *Statuta Operis Dei* o *Codex iuris particularis seu Statuta Praelaturae Sanctae Crucis et Operis Dei*, en OIG, pp. 309-346 y en IJC, pp. 628-657; AVP, I, p. 537; AVP, III, pp. 307 y 532.

Manuel BELDA

PAZ

1. Don de Dios. 2. Raíces morales y espirituales.

El vocablo designa un anhelo universal del corazón humano que se inscribe también en el núcleo del mensaje cristiano. Es célebre la afirmación agustiniana, según la cual todos aspiran a la paz, incluso quienes hacen la guerra. Y es que la paz es un ingrediente imprescindible de una vida humana lograda, de la felicidad como aspiración radical de las personas y de los pueblos.

El pensamiento clásico no define la paz negativamente, como no-guerra o como la mera ausencia de conflicto. Desde antiguo

hizo fortuna la definición de san Agustín: la tranquilidad que sigue a la vigencia de cierto orden (“tranquillitas ordinis”: *De Civitate Dei*, XIX, 13; PL 41, 640). ¿De qué orden se trata? De aquél que permite satisfacer de una manera justa las aspiraciones legítimas de la vida, es decir, disfrutar justamente de los bienes espirituales y materiales que conforman una existencia humana digna.

La paz consiste en la quietud que sigue a una posesión duradera del bien, en la aspiración satisfecha. De ahí que, en el sentido radical que revela el cristianismo, el lugar de la paz definitiva sea la bienaventuranza eterna, la posesión de Dios –sumo bien de la vida– de forma irrevocable. También aquí recordamos con razón a Agustín: “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansen en ti” (*Confesiones*, I, 1: CCL 27, 1). La plegaria cristiana sobre los difuntos es rica en expresiones –descansen en paz, el sueño de la paz, etc.– referidas a la paz en este sentido radical y definitivo: como don escatológico, fruto de la acción de Dios que se alcanza en la otra vida.

Tomás de Aquino, tomando en cuenta la definición agustiniana, se refiere a un triple orden en el hombre: con respecto a sí mismo, a Dios y a los demás. Y precisa el concepto al añadir que la paz incluye la *concordia* (unión de diversas personas en un mismo querer), pero va más allá, pues también forma parte de ella la *paz interior*, es decir, la unión armónica de las distintas tendencias que el hombre encuentra en sí (cfr. S.Th., II-II, q. 29, a. 1).

¿Quién es el artífice de ese orden, a quién corresponde ponerlo? La paz es el resultado de la acción conjunta de Dios y del hombre, obra de la gracia y fruto de la justicia, regalo y conquista o tarea moral. Veámoslo brevemente.

1. Don de Dios

La paz es una característica del obrar divino, expresada tanto en la creación de

un universo ordenado como en la redención del hombre, que necesita ser rescatado del pecado. San Josemaría se refiere a ella como *don de la Trinidad* al hombre por medio de las misiones de Cristo y del Espíritu Santo: “Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum recipemus* (Ga 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rm 6, 4-5), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ef 1, 5-10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1, 20)” (ECP, 65). La presencia del Espíritu en la Iglesia, que anuncia a la humanidad la benevolencia y el amor de Dios, anticipa la paz definitiva (cfr. ECP, 128).

La paternidad benevolente de Dios funda la fraternidad e igualdad entre los hombres, pues “nuestro Señor ha venido a traer la paz (...) a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color...” (ECP, 106).

La Iglesia, depositaria y transmisora de ese don, es vista como fuerza *pacificadora en la historia*: “El apostolado cristiano no es un programa político, ni una alternativa cultural: supone la difusión del bien, el contagio del deseo de amar, una siembra concreta de paz y de alegría” de la que “se derivarán beneficios espirituales para todos: más justicia, más comprensión, más respeto del hombre por el hombre” (ECP, 124). En esta línea se sitúa la institución fundada por san Josemaría, como forma específica de colaborar en la misión de la Iglesia. Él mismo afirmaba que “el Opus

Dei no busca ninguna finalidad temporal, política; que persigue sólo y exclusivamente (...) contribuir a que haya más amor de Dios en la tierra y, por tanto, más paz, más justicia entre los hombres, hijos de un solo Padre” (ECP, 70).

2. Raíces morales y espirituales de la paz

El don de Dios se anticipa ya en esta vida y requiere de la respuesta humana. En este sentido, la paz pertenece también al orden práctico, exige el compromiso de todos y se extiende a las redes relacionales de la existencia humana: tanto las macro-relaciones (política, economía, comunidad internacional, etc.), como también las micro-relaciones (familia, amistad, comunidades pequeñas). Y esto porque la paz es, en último término, una planta que arraiga en el corazón humano y se alimenta principalmente de energías morales y de orden espiritual que repercuten en todos los ámbitos de la vida humana. Se entiende que una de las exigencias fundamentales y primeras del bien común sea la paz, pues la vida buena de la comunidad exige la seguridad y la vigencia de un orden justo. Por el contrario, la paz se ve amenazada por las diversas formas de pobreza, por las desigualdades excesivas, por la desconfianza y el orgullo, la envidia, el afán de dominio y toda forma de injusticia.

Por su carácter moral, la paz no se hace de una vez por todas, sino que se ve con frecuencia amenazada y, cuando se quiebra, es preciso rehacerla. Ahí entran en juego la misericordia, complemento humanizador de la justicia, y el perdón, ingrediente imprescindible de la paz. La reconciliación con Dios después del pecado y la que tiene lugar en las relaciones humanas, resultan hitos inevitables en el camino hacia la paz. La redención obrada por Cristo en el misterio pascual es la fuerza pacificadora por excelencia, pues revela un amor más fuerte que el pecado, el único capaz de restablecer los bienes perdidos. Y también en las relaciones entre los hombres,

cuando falta esa benevolencia que representa el perdón, no es difícil que el afán de justicia degenera en sed de venganza. Por paradójico que resulte, la referencia cristiana al perdón confiere realismo al discurso sobre la paz, cuyas realizaciones temporales nunca pueden considerarse definitivas y dependen del empeño sostenido de todos.

En los escritos de san Josemaría son numerosísimas las referencias a estos fundamentos morales y espirituales de la paz en la existencia del cristiano. Sirva como guía la siguiente enumeración, en la que comenzamos con los aspectos espirituales para pasar luego a los sociales:

- a) *Confianza en Dios, filiación divina y vida teologal*: “Os aseguro –lo he tocado con mis manos, lo he contemplado con mis ojos– que, si confiáis en la divina Providencia, si os abandonáis en sus brazos omnipotentes, nunca os faltarán los medios para servir a Dios, a la Iglesia Santa, a las almas, sin descuidar ninguno de vuestros deberes; y gozaréis además de una alegría y de una paz que *mundus dare non potest* (cfr. Jn 14, 27), que la posesión de todos los bienes terrenos no puede dar” (AD, 117). “Fomenta, en tu alma y en tu corazón –en tu inteligencia y en tu querer–, el espíritu de confianza y de abandono en la amorosa Voluntad del Padre celestial... –De ahí nace la paz interior que ansías” (S, 850). Y esa paz interior redundará en la paz en la vida de relación y en toda la sociedad.
- b) *Paz interior y combate espiritual, lucha ascética*: “La paz es consecuencia de la guerra, de la lucha, de esa lucha ascética, íntima, que cada cristiano debe sostener contra todo lo que, en su vida, no es de Dios: contra la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la superficialidad, la estrechez de corazón. Es inútil clamar por el sosiego exterior si falta tranquilidad en las conciencias, en el fondo del alma, *porque del*

corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios... (Mt 15, 19)”. Un poco más adelante aclara el sentido de ese combate: “Nada más lejos de la fe cristiana que el fanatismo, con el que se presentan los extraños maridajes entre lo profano y lo espiritual sean del signo que sean. Ese peligro no existe, si la lucha se entiende como Cristo nos ha enseñado: como guerra de cada uno consigo mismo, como esfuerzo siempre renovado de amar más a Dios, de desterrar el egoísmo, de servir a todos los hombres” (ECP, 74). Es significativa la siguiente secuencia causal que aparece con frecuencia en distintos lugares: lucha-victoria-paz-alegría (cfr. C, 308).

- c) *Paz y alegría, también en el sufrimiento*: “Para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad: todos los demás consuelos apenas sirven para distraer un momento, y dejar más tarde amargura y desesperación” (ECP, 167). Sin embargo, la paz temporal es siempre relativa y no elimina la posibilidad del sufrimiento, que se ilumina desde la cruz de Cristo: “Aunque consigamos llegar a una razonable distribución de los bienes y a una armoniosa organización de la sociedad, no desaparecerá el dolor de la enfermedad, el de la incompreensión o el de la soledad, el de la muerte de las personas que amamos, el de la experiencia de la propia limitación. Ante esas pesadumbres, el cristiano sólo tiene una respuesta auténtica, una respuesta que es definitiva: Cristo en la Cruz, Dios que sufre y que muere, Dios que nos entrega su Corazón, que una lanza abrió por amor a todos. (...) Dios Nuestro Señor no causa el dolor de las criaturas, pero lo tolera porque –después del pecado original– forma parte de la condición humana. Sin embargo, su Corazón lleno de Amor por

los hombres le hizo cargar sobre sí, con la Cruz, todas esas torturas: nuestro sufrimiento, nuestra tristeza, nuestra angustia, nuestra hambre y sed de justicia” (ECP, 168).

En la predicación del fundador del Opus Dei la paz es inseparable de la alegría (*gaudium cum pace*), fruto de la confianza filial en Dios: “*Vivamos ya como ciudadanos del cielo* (Flp 3, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprensiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da el saberse hijo amado de Dios” (ECP, 126). Y glosa con frecuencia el siguiente pasaje paulino: “Acuérdate además de que *omnia in bonum!*, todo –también la escasez, la pobreza– coopera al bien de los que aman al Señor (cfr. Rm 8, 28); acostúmbrate, ya desde ahora, a afrontar con alegría las pequeñas limitaciones, las incomodidades, el frío, el calor, la privación de algo que consideras imprescindible, el no poder descansar como y cuando quisieras, el hambre, la soledad, la ingratitud, la incomprensión, la deshonra...” (AD, 119).

- d) *Anticipo de la paz definitiva en la oración contemplativa.* La paz espiritual es conciencia de la cercanía de Dios, y por eso la oración contemplativa es como un adelanto de la bienaventuranza: “Hemos corrido *como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas* (Sal 41 [Vg 40], 2); con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. (...) Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas. No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordi-

narios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría. ¡Qué serenidad, qué paz entonces, metidos en *la senda estrecha que conduce a la vida!* (Mt 7, 14)” (AD, 307).

- e) *Afán de justicia y caridad:* “Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama” (ECP, 122). “Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo. Los cristianos –conservando siempre la más amplia libertad a la hora de estudiar y de llevar a la práctica las diversas soluciones y, por tanto, con un lógico pluralismo–, han de coincidir en el idéntico afán de servir a la humanidad. De otro modo, su cristianismo (...) será un disfraz, un engaño de cara a Dios y de cara a los hombres” (ECP, 167).

“Comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos; no crear divisiones ni barreras; comportarse –¡siempre!– como instrumentos de unidad. No en vano existe en el fondo del hombre una aspiración fuerte hacia la paz, hacia la unión con sus semejantes, hacia el mutuo respeto de los derechos de la persona, de manera que ese miramiento se transforme en fraternidad” (AD, 233).

- f) *Amor a la libertad y al pluralismo.* San Josemaría cantó siempre la grandeza de la libertad, manifestación singular de la dignidad de la persona humana. La consideró siempre tanto en relación a la espiritualidad del hombre y a su capacidad de decidir como en su

apertura al bien. “La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejerce en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres” (AD, 27). Esa valoración de la libertad implica el respeto, más aún el aprecio, a la libertad de quienes nos rodean, sabiendo que cada persona humana debe recorrer su propio camino. De ahí el respeto a la diversidad y el pluralismo, que tanto contribuye a la paz social: “Jamás he preguntado a alguno de los que a mí se han acercado lo que piensa en política: ¡no me interesa! (...) porque los cristianos gozáis de la más plena libertad” (AD, 11). El reconocimiento hondo y sentido de esta realidad “os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo –lo diré de un modo positivo–, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social” (CONV, 117).

g) *Deseo de contribuir al bien social.* Es propio de la persona humana recta, y la fe cristiana refuerza esa actitud, aspirar a contribuir al bien social y al progreso. En esa dirección se mueven, se deben mover, numerosas actividades humanas. San Josemaría recuerda en especial la aportación que implica el trabajo al que todo ser humano está llamado. “El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida. Con ocasión de esa labor, en la misma trama de las relaciones humanas, habéis de mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz. Como

Cristo *pasó haciendo el bien* (Hch 10, 38) por todos los caminos de Palestina, vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz” (ECP, 166; cfr. AD, 120).

h) *El cristiano sembrador de paz y de alegría.* Esta expresión, utilizada con frecuencia por san Josemaría, compendia su comprensión de la misión del cristiano: “En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras. Hemos de luchar –lucha de paz– contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres” (ECP, 168; cfr. S, 985).

Voces relacionadas: Alegría; Caridad; Dolor; Fraternidad; Justicia; Política; Santidad; Sociedad.

Bibliografía: CDSI, nn. 488-520; JUAN XXIII, Cart. Enc. *Pacem in terris*, 1963; JUAN PABLO II, Cart. Enc. *Dives in misericordia*, 1980; PABLO VI, Cart. Enc. *Populorum progressio*, 1967; Ignacio CARRASCO DE PAULA, “Paz interior”, en GER, XVIII, pp. 106-108; René COSTE, “Paix. I. La paix entre les hommes” y Hermann Joseph SIEBEN, “Paix. II. La paix intérieure”, en DSp, XII, 1960, pp. 40-73; René COSTE, *Théologie de la paix*, Paris, Cerf, 1997; Francisco Rafael ORTIZ - Gonzalo DEL CERRO, “Paz”, en GER, XVIII, pp. 102-105.

Rodrigo MUÑOZ

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.